

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

Revolución, exilio y Democracia en la vida de José Aricó.

pablo ponza.

Cita:

pablo ponza (2013). *Revolución, exilio y Democracia en la vida de José Aricó*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/587>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 69

Título de la Mesa Temática: Las izquierdas argentinas y en el Cono Sur en los años sesenta y setenta. Estudios de caso y problemas teórico-metodológicos de su abordaje histórico.

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Jorge Cernadas, Aldo Marchesi, María Cristina Tortti.

TÍTULO DE LA PONENCIA

JOSÉ ARICÓ, GRAMSCI Y EL MARXISMO A LA ITALIANA

Apellido y Nombre del/a autor/a: Pablo Ponza.

Pertenencia institucional: CONICET-UNC.

Correo electrónico: pabloponza@yahoo.es

1. Introducción

José Aricó (1931-1991) fue uno de los más lúcidos referentes intelectuales del ala marxista crítico-renovadora de las décadas de 1960-1970. Su figura es diversa y atrapante, pues además de sus cualidades personales para promover, organizar y coordinar proyectos culturales, fue un bibliómano autodidacta, un eximio editor, prologuista y traductor de obras de alto impacto en el universo teórico marxista. Su recorrido político y la heterodoxia de su pensamiento estuvo marcado principalmente por dos temas: por un lado, el cuestionamiento a las condiciones de opresión económico-cultural del capitalismo y transformar la realidad social de sumisión, pobreza y desigualdad en nuestro país y todo Latinoamérica. Y por otro, por el deseo de ampliar la participación y la pluralidad en la esfera política pública.

Si echamos un rápido vistazo podemos observar tres grandes etapas en su trayectoria política e intelectual. 1º) La primera de ellas tiene lugar de 1947 a 1963 con el ingreso al Partido Comunista Argentino (PCA), el aprendizaje y formación autodidacta en la teoría marxista. 2º) La segunda de 1963 a 1976, con la fundación de la revista *Pasado y Presente*, su expulsión y liberación de las constricciones partidarias, las ediciones de *Cuadernos de Pasado y Presente*, la dirección de la *Biblioteca del Pensamiento Socialista* (Siglo XXI Editores) y su cercanía con los movimientos revolucionarios de la época. 3º) Y la tercera -quizás la más controvertida- va de 1976 hasta su muerte en 1991. Etapa caracterizada por el cuestionamiento al ideal revolucionario y la inscripción en el paradigma democrático.

Con el paso de los años *Pancho*, como lo llamaban sus amigos, no sólo adquirió un imponente arsenal teórico sino también acumuló la experiencia de vida y militancia suficientes como para elaborar una crítica a lo que denominó la *tradición dogmática* del socialismo marxista. Dicha crítica tuvo lugar en dos tiempos políticos-culturales diferentes, y fue -por lo tanto- puesta al servicio de dos proyectos políticos-culturales diferentes: el *revolucionario* y el *democrático*.

El primero de ellos va de 1963 a 1976 y lo dedicó básicamente a dos cuestiones. Por un lado, al análisis de coyuntura política. Y por otro, a la reconstrucción de los debates sin solución de continuidad que se habían dado al interior de las instituciones marxistas internacionales. El segundo, en los ochenta -tras la derrota de los proyectos

revolucionarios y la imposición de las dictaduras Latinoamericanas- y en pleno proceso de transición a la democracia en toda la región, el pensamiento de Aricó quedó signado por el giro hacia el posibilismo y la democracia como valor estratégico para alcanzar cambios sustantivos en la cultura política de nuestro país y nuestro continente.¹

Aricó destinó gran parte de su vida a la indagación de la teoría marxista, en cuyo universo sobresale su interés por autores no ortodoxos o críticos de las lecturas clásicas, tales como Eduard Bernstein, Rosa Luxemburgo, Georg Lukács, Karl Korsh, Nicolas Bujarin, Henryk Grossmann, Cunow Schmidt, Bruno Bauer, Karl Kaustky, Alexander Chayanov, Antonie Pannekoek, y donde se destacan pensadores italianos como Lucio Colletti, Nicola Badaloni, Galvano Della Volpe, Cesare Luporini, Enzo Paci, Alessandro Natta, Antonio Labriola, Rodolfo Mondolfo, Renato Treves y en especial Antonio Gramsci, cuyos textos lo influenciaron tempranamente. Centró su exploración en aspectos político-culturales vinculados al cambio social y el desarrollo de una perspectiva socialista útil para comprender las singulares problemáticas nacionales, propiamente latinoamericanas. Fue un erudito del marxismo y consideró que su teoría debía ser un instrumento de conocimiento para cambiar el mundo. De allí que sus textos (libros y artículos) se interroguen, por ejemplo, acerca del rol del marxismo y el lugar de los intelectuales en la transformación de las condiciones opresivas del capitalismo.

2. El PCA, Agosti y Gramsci en la Argentina

José María “Pancho” Aricó nació en Villa María, Córdoba, en 1931. En 1947, a la edad de dieciséis años se afilió al Partido Comunista, donde pronto se destacó por sus cualidades personales, su capacidad oratoria y organizativa. Con sólo trece años Aricó ya había comenzado a familiarizarse con lecturas marxistas a través del semanario Comunista *Orientación*. De los autores marxistas, los italianos fueron sus preferidos. Pero hubo uno en especial que lo atrapó e influyó tempranamente: Antonio Gramsci.

¹ Cabe señalar que este es un trabajo en curso (un trabajo que se enmarca en un proyecto mayor que pretende abordar la totalidad de la trayectoria de Aricó) y que esta guiado por una hipótesis que funciona, a su vez, como interrogante. Consideramos que el enfoque del pensamiento de Aricó -y en especial su transformación política e ideológica en la década de 1980- se produjo dentro de una perspectiva marxista eminentemente plural y gramsciana. Y si bien no es tarea central de esta ponencia, me gustaría decir que es verdad que tras la experiencia dictatorial observamos un tránsito desde el *paradigma revolucionario* hacia el *paradigma de la democracia*. Sin embargo, no detectamos en esa mutación un abandono de la filosofía de la praxis ni de los principios de pluralidad. Creemos en cambio que el giro ideológico respondió a la brutal experimentación, a la comprobación empírica de ciertas imposibilidades fácticas; así como a ciertos errores conceptuales y lecciones de método para aprehender la realidad.

Pero ¿Cuál fue el recorrido de Gramsci en Argentina? Y ¿cómo llegó Gramsci a manos de Aricó?

Ante todo hay que decir que Gramsci nunca fue un autor apreciado por la tradición comunista argentina, razón por la cual, su lectura permaneció circunscripta o limitada a pequeños espectros intelectuales. De hecho las primeras noticias de su obra fueron proporcionadas por Ernesto Sábato en 1947, quien escribió en la revista *Realidad* una breve reseña bibliográfica de las *Cartas de la Cárcel*; mismas que la editorial Lautaro publicó en efímera tirada en 1950 por iniciativa de Gregorio Weinberg y con prólogo de Gregorio Bermann. En 1953 la revista *Sur* publicó algunas cartas y *Cuadernos de Cultura* una conferencia dictada por Palmiro Togliatti, líder comunista italiano, donde hacía referencia a Gramsci. En 1956, Rodolfo Mondolfo publicó *El materialismo histórico en Federico Engels* (Editorial Raigal), donde señaló brevemente algunas coincidencias y divergencias con su pensamiento.

Sin embargo, las referencias mencionadas hasta aquí no eran más que lecturas superficiales. Gramsci más bien había cobrado fama por su historia de militante-mártir que por sus aportes científicos a la teoría política marxista. Fue recién en 1951, año del centenario de la muerte de Esteban Echeverría, cuando Héctor P. Agosti dio a conocer *Echeverría* (Editorial Futuro) que avanzó abundantemente en el desarrollo de sus postulados.

Agosti fue el primer y único dirigente de envergadura del PCA que, sin revelarlo explícitamente, se sirvió de un modelo teórico gramsciano para plantear divergencias con las interpretaciones históricas de su partido. Básicamente *Echeverría* describe las deficiencias de la corriente democrática que se propuso constituir el Estado Nacional, impugnando –por un lado- el papel positivo de la cultura política de la burguesía local. Y planteando –por otro- la necesidad de completar el proceso a través de una revolución democrático-burguesa de más largo alcance.

Néstor Kohan (2004) apunta que Agosti recupera allí la idea de la *revolución de mayo de 1810* como una revolución inconclusa (la *rivoluzione mancata* o *fallita* para decirlo en palabras de Gramsci); puesto que el núcleo dirigente no habría tenido ni la fuerza ni la voluntad suficiente para avanzar con el problema de la distribución de la tierra, perdiendo así la ocasión de incorporar a los campesinos y darle al proceso una

envergadura de escala nacional. Para ello Agosti utilizó los mismos conceptos con los que Gramsci analizó la formación del Estado durante el llamado *Risorgimento* italiano.

Según interpretaciones de Aricó (2005) el libro de Agosti criticaba a la burguesía argentina por no haber sabido ampliar el movimiento emancipador para transformarlo en una revolución plena que movilizara también a las masas agrarias para el quebrantamiento y la eliminación de todos los residuos feudales en el campo. En palabras de Agosti (1951: 42): “los argentinos no pudieron, o no supieron, desempeñar hasta el final aquellos principios de la revolución total”.

Recordemos que en 1951 -año de la publicación de *Echeverría*- transcurría el primer gobierno peronista, que no se había caracterizado por su simpatía con los comunistas sino todo lo contrario. De allí que la campaña de recordación de Echeverría fuera utilizada por el PCA como pretexto para proyectar valores democráticos opuestos al autoritarismo de la política cultural peronista. Incluso dentro de los sofocantes márgenes del PCA la obra de Agosti fue precursora, al igual que lo fueron las traducciones y artículos sobre Gramsci que publicó en *Cuadernos de Cultura*.

Agosti dirigió entre 1958 y 1962 la edición que Lautaro publicó de los cuatro títulos de *Cuadernos de la cárcel*: el primero de ellos fue *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce* con prólogo de Agosti. El segundo *Los intelectuales y la organización de la cultura*. El tercero *Literatura y vida nacional*, el cual fue traducido por Aricó con sólo veintinueve años de edad. Y el cuarto y último *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado Moderno*, con traducción y notas de Aricó, donde rápidamente se destacó por su capacidad de trabajo y profesionalismo, así como por su finura y minuciosidad en la tarea editorial.

Pero Agosti no sólo introdujo a Aricó en las lecturas de Gramsci, sino que además le presentó a quien será quizás su más asiduo compañero y amigo: Juan Carlos Portantiero. Portantiero era entonces un joven militante comunista de Buenos Aires muy cercano a Agosti.² Era obvio que Agosti tenía preferencia por Aricó y Portantiero, que sobresalían por sus dotes intelectuales. Aricó recuerda: “No sería justo desconocer la deuda

² En una entrevista realizada por Raúl Burgos (2004: 52), Portantiero señala: “yo entro a la FJC en 1953 (...) desde 1954 trabajo con Agosti hasta que me lleva en los años 59-60, más o menos, a *Cuadernos de Cultura*. Yo siempre tuve una relación buena con Agosti; lo veía a él como una especie de maestro y él me veía como una especie de discípulo. Era evidente que tenía cierta predilección por mí”.

intelectual que con él contrajimos (con Agosti). En los críticos años cincuenta pudimos acceder tempranamente a Gramsci porque Agosti nos desbrozó el terreno” (Aricó; 1988: 50).

También Portantiero reconoce que Agosti:

(...) era el maestro y yo el discípulo. Él me influye mucho introduciéndome a Gramsci. Había una editorial colateral del partido que era Lautaro (...) que comienza a editar libros de Gramsci. Algunos eran o prologados o traducidos, pero todos eran impulsados por Agosti. Y ahí, en esa saga de ediciones de Agosti, yo lo conozco a Pancho Aricó (...) Agosti me dijo: hay un muchacho de Córdoba que tenés que conocer (Portantiero; 2012: 49).

Entre 1950 y 1951, con sólo veinte años de edad y mientras hacía el servicio militar obligatorio, Héctor P. Agosti³ lo animó a traducir directamente del italiano *Cartas de la Cárcel*. Según recuerda Héctor Schmucler (2010: 2):

(...) en los ratos de ocio, con un pequeño diccionario fue traduciendo palabra por palabra. Pancho era un autodidacta de gran formación. (...) Mi vínculo con Aricó comenzó siendo rigurosamente político. Aricó no estaba en la universidad, pero sí era Secretario de la Juventud Comunista y teníamos un estrecho vínculo político. Yo en algún sentido era subordinado a él, yo estaba en una escala mucho menor de dirección. Pero eso no era lo que importaba, era una amistad personal trabajada alrededor de proyectos intelectuales.

Juan Carlos Portantiero coincide con Schmucler en este punto: “Pancho era un intelectual autodidacta, absolutamente, porque no tiene estudios universitarios. Era un animador y organizador de cultura como yo no vi otro” (Portantiero; 2012: 79).

Según recuerda el propio Aricó (2005: 44) “En mi caso diría que el conocimiento de sus escritos constituyó una revelación que se adueñó de toda mi personalidad, y desde ese

³ Héctor P. Agosti fue un prolífico, experimentado y relevante cuadro intelectual comunista. Fue director de *Nuestra Palabra* y *Cuadernos de Cultura*, y primer introductor del pensamiento de Gramsci en Argentina. En sus tareas periodísticas y culturales apadrinó a jóvenes militantes de la época, entre quienes estaban Juan Carlos Portantiero, Andrés Rivera, Juan Gelman, Manuel Mora y Araujo, Ezequiel Gallo, Osvaldo Dragún, Titto Cossa, entre otros. Aricó (2005:36) lo define como “pensador y ensayista de prestigio entre la intelectualidad tradicional, miembro conspicuo del grupo dirigente del comunismo argentino”.

momento nunca he dejado de ser gramsciano no obstante la profundidad de los cambios de mis opiniones respecto aun del propio Gramsci”.⁴

3. El marxismo a la italiana, la heterodoxia mediterránea y la cuestión nacional

Pero ¿por qué Gramsci? Y ¿cuáles fueron los principales aportes que Aricó, Portantiero, Del Barco, Schmucler y otros allegados al grupo *Pasado y Presente* adoptaron del pensador italiano?

En primer lugar, los pensadores italianos como Lucio Colletti, Nicola Badaloni, Galvano Della Volpe, Cesare Luporini, Enzo Paci, Alessandro Natta, Antonio Labriola, Rodolfo Mondolfo Renato Treves y, especialmente Gramsci, fueron bien recibidos en Argentina posiblemente por la cercanía cultural y las similitudes idiosincráticas. Según recuerda Portantiero (2012: 39):

“Nos parecía que el realismo italiano, el neorrealismo, etc., recuperaba elementos de poesía que el realismo soviético no tenía [recibimos] mucha influencia de toda la discusión italiana, porque nosotros leíamos las revistas de allá. Leíamos *Il Contemporaneo*, sobre todo, que era una publicación cultural del partido. (...) Yo estaba suscripto a *Crítica Marxista*, por ejemplo. Pero en cuanto a revistas había muchísimas. Había una revista que se llamaba *Società*, que estaba buenísima, había otra que se llamaba *I Storici*, también buenísima, *Rinascita...*”

El pensamiento de Gramsci les brindó tres elementos esenciales. En primer lugar, ofreció nuevas herramientas teóricas para pensar las singularidades nacionales del proceso histórico latinoamericano, cuyas claves en la Argentina de los sesenta pasaban fundamentalmente por descifrar la configuración histórica de las clases dirigentes, la construcción del Estado y la naturaleza del *hecho maldito del país burgués* (como diría Cooke), que era esa expresión política inesperada, ese fenómeno indescifrable llamado peronismo.

⁴ Por otra parte, durante una entrevista Aricó reconoce que: “El espíritu gramsciano es el que inspiró el campo y la naturaleza de mi trabajo intelectual. Es el pensador que despierta en mí más estímulos, a quien sigo leyendo con el entusiasmo y la sorpresa de las primeras lecturas (...) A veces no exactamente lo textual de un pensador es lo que nos sirve, sino de qué modo nos ayuda a ver costados de la realidad para nosotros antes vedados. Este es el tipo de lecturas que siempre me interesaron: las que me obligan a ver lo que no aparece, lo que no está presente, lo oculto, lo silencioso. Eso es lo que hace Gramsci.” (Aricó; 1999: 27).

Recordemos que para el oficialismo comunista de la época no existían condiciones nacionales que diferenciaron de modo significativo a los diferentes países latinoamericanos: “sólo existían numerosos países oprimidos por el imperialismo que constituían el llamado mundo colonial” (Aricó, 1999: 19). Ese diagnóstico compacto y homogéneo, ese diagnóstico que pasaba por alto toda clase de distinción entre países, era algo que buena parte de la militancia cuestionaba a la luz de la trama de los conflictos regionales. Ese debate condujo a la ruptura entre los nacientes cuadros intelectuales cada vez más radicalizados y el PCA. En ese terreno el pensamiento de Gramsci enraizó sin problema.

Y esto no ocurría sólo en Argentina. Por caso del sociólogo peruano José Carlos Mariátegui en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), había logrado dar cuenta de las deficiencias y simplificaciones sistemáticas de la línea oficial. Mariátegui, a través de un detallado análisis histórico de las diferentes etapas en el desarrollo económico peruano logró introducir variantes significativas a las tesis propuestas por el PCUS. Mariátegui comprobó *positivamente* que las especificidades de la realidad social, económica y cultural peruana habían incidido en la conformación del régimen burgués post colonial de un modo diferente al que lo había hecho en Argentina. Para decirlo de modo más general: a través del estudio histórico comparativo de casos, Mariátegui comprobó la centralidad distintiva de las realidades nacionales en la conformación de clases; coincidiendo con una variable a la que Gramsci también había otorgado gran importancia. “Sin saberlo, Mariátegui hizo un libro gramsciano sobre la realidad de su país” (Aricó; 1999: 19).⁵

Xiomara García Machado (2009: 2) señala que para Gramsci la singularidad de cada forma de producción teórica significaba destacar su conexión respecto de las condiciones particulares de cada período histórico, la cual requería ser explicada en base a dicho momento específico. De allí que una de las dificultades del consumo y difusión de la producción teórica marxista radicara en la contemporización de teóricos de otras épocas y otras geografías.

⁵ En la etapa final de su vida, abocó a la tarea de reconstruir la biografía del pensamiento socialista en América Latina, Aricó publicó *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano* (1978), donde resaltó la originalidad creativa del pensamiento de Mariátegui, un marxista a *contrapelo* capaz, entre otras cosas, de superar los esquemas dogmáticos de su escuela. Aricó consideraba a Mariátegui un caso emblemático de articulación y retroalimentación entre el pensamiento marxista -típicamente europeo- y las expresiones, circunstancias y características de la sociedad y la cultura peruana. Un ejemplo excepcional de teoría y práctica.

Para Matari Pierre (2013) los trabajos de la época que exponían este punto de vista constituían el primer paso hacia la superación de una visión euro-céntrica de la historia, visión de la cual el marxismo no era la excepción. Hasta la Segunda Guerra Mundial la historia estudiada en las universidades se reducía a la historia de la expansión europea, tendencia que comenzó a cambiar su orientación gracias al marxismo y como resultado del antiimperialismo dominante en el movimiento socialista, en especial desde la II y sobre todo a partir de la III Internacional. Superar el eurocentrismo significaba también superar el enfoque adoptado para estudiar la singularidad de la formación y el desarrollo del capitalismo en sociedades no europeas. Para Hobsbawm (2011) por ejemplo, Gramsci tuvo un papel central en este aspecto pues fue el primer marxista en abordar la especificidad de las sociedades subdesarrolladas con estructuras agrarias y transiciones peculiares al capitalismo.⁶

Una de las novedades de Gramsci radicó en reconocer que si bien *economía, historia, política y filosofía* conformaban un todo homogéneo (donde la economía era el fenómeno principal) la acción política no se expresaba con independencia de las actividades culturales. Esa perspectiva permitió interpretar el sentido de las llamadas leyes del bloque histórico sirviéndose no sólo del análisis de la relación entre economía y acción política, sino también incorporando elementos de la historia y la cultura nacional. La *filosofía de la praxis*, en tanto una de las versiones interpretativas del marxismo, se distinguió de las perspectivas clásicas desde principios de 1960 y se consolidó en oposición a aquella que consideraba la objetividad en términos de filosofía materialista.

Aricó tomó tres elementos esenciales del pensamiento de Gramsci. En primer lugar, como dijimos más arriba, ofreció nuevas herramientas teóricas para pensar las singularidades nacionales en los procesos históricos. En segundo término, la teoría de la hegemonía dio un novedoso protagonismo a la hipotética unidad nacional de las clases dirigentes en el Estado, con el fin de convertirlo en el centro de constitución de un aparato hegemónico que permitiese la implantación del Socialismo. Y en tercer lugar,

⁶ Este punto de vista se expone en trabajos de André Gunder Frank y Eric Hobsbawm, críticos de una aplicación lineal de la sustitución del feudalismo al capitalismo en regiones no europeas. Por ejemplo en la introducción a la edición inglesa de los *Grundrisse* de Marx -texto que más tarde Aricó publicará en *Cuadernos de Pasado y Presente*- (a través de las formaciones asiática, antigua, feudal y burguesa) se revisa el evolucionismo de Marx y la visión lineal de dicho progreso, desacreditando a su vez los programas del PC en los países del llamado Tercer Mundo

ofreció una nueva lectura del vínculo entre las esferas de la cultura y la política. Es decir, cuestionó el rol que habían desarrollado los *intelectuales* frente al *pueblo*. Su perspectiva daba lugar a que los lectores argentinos, por ejemplo, interpelaran el divorcio entre la izquierda marxista y el nacionalismo popular encarnado por el peronismo

La idea de *hegemonía* otorgaba una importancia fundamental al rol de los intelectuales y la cultura en el proceso de transformación social, pues ligaba *orgánicamente* el desarrollo de la organización política revolucionaria a la tarea de los intelectuales como productores de consenso. De allí la idea de *intelectual orgánico*. Recordemos que Gramsci (1974) consideraba que los intelectuales constituían una capa de la burguesía que colaboraba activamente en el fortalecimiento y la coherencia de la hegemonía ideológico-cultural burguesa, y que éstos a su vez tenían la capacidad de mantener una autonomía relativa que les permitía convertirse en organizadores de la transformación del ámbito político y social.

De este modo, la recepción del pensamiento de Gramsci en núcleos intelectuales como el que aglutinó Aricó alrededor de *Pasado y Presente* fue mediada, en buena parte, por la originalidad y funcionalidad de dichos conceptos. En efecto, para los jóvenes letrados de la época, Gramsci se presentaba como el único político marxista cuya agudeza analítica ofrecía razones objetivas para otorgar a la cultura y los intelectuales un rol central en la construcción de la hegemonía. Según recuerda Aricó (2005: 38):

Gramsci era el primer marxista que desde la política parecía hablar de nosotros, los intelectuales (...) hasta que tuvimos acceso a Gramsci vivimos la posesión de la cultura con agudo sentimiento de culpa (...) Gramsci nos permitía vislumbrar un sitio en la política desde el cual podíamos ser algo más que inestables y sospechosos compañeros de ruta del proletariado.

Gramsci (1974: 64) señaló explícitamente que el intelectual debía asumir roles de dirigente pero con un espíritu diferente al de los clásicos caudillos políticos que se confiaban preferentemente de la oratoria y la emoción. Por el contrario, sostenía que el conocimiento de los problemas específicos de la producción y la técnica eran muy importantes, puesto que eran herramientas complementarias de una visión general

histórico-humanista de la realidad, un enlace activo con la vida práctica que motoriza el cambio revolucionario.

4. El PCA y la cuestión peronista

La posición del PCA descartaba todo aspecto positivo y restaba importancia a la singularidad política y cultural del peronismo. Tengamos presente que hasta entonces las interpretaciones más convencionales y extendidas del fenómeno peronista eran la liberal y la revisionista. Para la concepción liberal el peronismo era una especie de *fascismo a la criolla* cuya responsabilidad suprema recaía sobre el liderazgo de Perón. Para Gino Germani, Américo Ghioldi o Victorio Codovilla, por ejemplo, el peronismo había significado una desafortunada distorsión popular-regresiva en la tradición democrático-representativa. Asimismo, juzgaban que el revisionismo era producto de una miopía apologética urdida por el liderazgo carismático de un dictador que había engañado y manipulado a los sectores asalariados.

Pero dicho diagnóstico soslayaba dos variables históricas centrales. Por un lado, los inocultable efectos del fraude electoral de la llamada década infame, y la emergencia de un nuevo colectivo social -una masa obrera con escasa experiencia gremial- resultado de las migraciones internas. Y por otro, el complejo proceso de industrialización que tuvo lugar en la década de 1930, la aparición de una burguesía dominante no exclusivamente terrateniente que impulsó cambios en las funciones de un Estado que, supuestamente, estaba al servicio de los dueños de la tierra, pero que apoyó y permitió el amplio desarrollo de la industria liviana como consecuencia de la depresión que se vivía luego del crack económico de 1929.

En cuanto a la postura revisionista, Rodolfo Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos, Juan José Hernández Arregui y Raúl Scalabrini Ortiz fueron los autores más prolíficos y persuasivos del revisionismo. Para ellos el peronismo era la expresión antiimperialista de un movimiento de liberación nacional que se hallaba en un tramo del camino que había comenzado en las montoneras, continuado en la política criolla y la plebe yrigoyenista. Especialmente para Puiggrós y Ramos, la secuencia histórica colocaba al peronismo en un camino irreversible de nacionalización de la conciencia obrera frente a

la dominación oligárquico-imperialista.⁷ Si bien los autores mencionados fueron quienes mejor sistematizaron el llamado socialismo nacional, el personaje más original y emblemático de la corriente fue John William Cooke, quien escribió *Peronismo y Revolución* y recibió una fuerte inspiración cubana, definiendo el peronismo como movimiento revolucionario (Ponza; 2010).

Desde la óptica revisionista el principal error de la izquierda tradicional había sido evadir en sus análisis la importancia de las particularidades nacionales y apoyar al régimen de la llamada *Revolución Libertadora*. Veían en el derrocamiento de Perón una contrarrevolución que detenía momentáneamente un proceso popular destinado a la liberación nacional y el quiebre de la dominación colonial imperialista. Asimismo, consideraban que el liberalismo era un operador ideológico del imperialismo, cuyos principales órganos eran la prensa, las elites intelectuales liberales y todos aquellos factores que contribuía a la desnacionalización económica y la repetición de las relaciones de dominación establecidas con las metrópolis.

Aricó intentó introducir algunos elementos a estas dos perspectivas, pues creía que el peronismo expresaba una necesidad histórica de las masas que Perón había tenido la agudeza de descifrar. A su juicio, la liberal era una visión eminentemente iluminista alejada del mundo popular que aceptaba la violencia estatal para extirpar el peronismo de la sociedad, al cual veía como “un fenómeno de primitivismo de las masas que podía ser erradicado con una política culta” (Aricó, 1999: 20). Dicha posición, defendía el Golpe de Estado, justificaba la exclusión electoral, la intervención sindical, entre otros atropellos. “Nosotros no aceptamos nunca esta visión aunque como comunistas fuéramos los más perseguidos por dicho régimen” (Aricó, 1999: 55).

Desde la perspectiva de Aricó, la versión liberal consagraba una concepción aristocratizante de la función de las élites políticas e intelectuales que no distaba mucho del anti intelectualismo peronista, que reducía y descargaba desproporcionadamente la representación y las decisiones políticas en el líder. Lo que si resulta más claro es que ni

⁷ Así se desprende de *Historia crítica de los partidos argentinos* (1956); y de *El proletariado en la revolución nacional* (1958), dos de los libros más renombrados de Puiggrós. Algo semejante ocurrió con los trabajos de Ramos: *América Latina: un país; Crisis y resurrección de la Literatura Argentina; y Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, publicados en 1949, 1954 y 1957 respectivamente. A estos libros hay que agregar *Nacionalismo y Peronismo; Imperialismo y Cultura* (ambos de 1957) y *La formación de la conciencia nacional* (1960) escritos por Juan José Hernández Arregui, como el grupo de ensayos que se convirtieron en la referencia del revisionismo que sobrevino tras el derrocamiento de Perón.

Aricó ni *Pasado y Presente* parecen haber identificado nunca clase obrera con peronismo, como le ocurría a los revisionistas, pues eran conscientes de que eran fenómenos distintos. La clase obrera existía antes que el peronismo y perduraría luego. Aunque fuera obvio que la mayoría de la clase obrera de la época se identificara con el peronismo.

5. Fundación de la revista *Pasado y Presente* y ruptura con el PCA

Desde el XX Congreso del PCUS, pero especialmente a partir del cimbrón que significó el triunfo de la Revolución Cubana, el debate fue difícil de contener. Inmersos en ese contexto, en ese *clima de ideas*, Aricó animó a Samuel Kieczkovsky, Aníbal Arcondo, Oscar del Barco y Héctor Schmucler de acompañarlo en la iniciativa de editar una revista político-cultural que expresara plenamente las opiniones disidentes y debates que se daban a espaldas de la dirigencia del PCA y que nunca se publicarían en órganos oficiales. Esa revista sería *Pasado y Presente*, proyecto al cual se sumarían Juan Carlos Portantiero, Juan Carlos Torre, César Guiñazú, Carlos Assadourian, Francisco Delich, Luís Prieto y Carlos Giordano.

Sin duda Aricó tenía llegada e influencia en muchos jóvenes militantes comunistas disconformes con la intransigencia y la falta de democracia interna del partido. Según Horacio Crespo (1999: 13) Aricó tenía cualidades de liderazgo: “Pancho poseía el don de la palabra hablada, la disfrutaba intensamente, se dejaba arrebatarse por ella, contagiaba a sus oyentes del entusiasmo por el pensar, por el fluir incesante de ideas tejidas con rigor y expuestas con una impecable lógica de demostración”. En la misma línea Portantiero (2012: 108) recuerda que: “Pancho tenía características personales notables, era un tipo bonachón (...) en los lugares donde Pancho era el organizador era a la vez el jefe. Porque además tenía esa virtud”.

Esa virtud que señala Portantiero parece haber actuado no sólo en la fundación de *Pasado y Presente* sino como una constante en la trayectoria del grupo que se aglutinó alrededor de su figura. Beatriz Sarlo coincide en que:

Pancho era un hombre que se destacaba en la oralidad. (...) Se comportaba como un organizador de la cultura de izquierda y, en este sentido, era un gramsciano profundo y permanente. Pero, además descollaba como organizador de grupos

intelectuales, como punto de agregación de voluntades políticas y de vocaciones (Sarlo, 2008: 1-3).

Para Emilio De Ípola (2005: 11) “esa aptitud y esa disposición (...) constituyó una cualidad exclusiva de Pancho: una cualidad excepcional, que nunca me fue dado encontrar en otra persona. Fue si se quiere el rasgo más auténtico y más característico de Pancho, aquel rasgo al que muchos entendían referirse cuando aludían al carisma de Pancho”.

La crítica que buscaba expresar el proyecto de la revista giraba, fundamentalmente, alrededor dos cuestiones íntimamente relacionadas: por un lado, la falta de pluralismo, debate, disenso democrático y libre circulación de ideas. Y por otro, el vínculo que el PCA estableció entre teoría marxista, mundo popular y mundo intelectual o de la cultura. La herencia recibida, el marxismo enseñado y promovido desde el PCA era un compendio teórico sin dinamismo, que había perdido atractivo para las nuevas generaciones. Se había vuelto completamente ajeno a las preocupaciones de los trabajadores. No daba respuestas convincentes a las problemáticas del mundo moderno. No se actualizaba. No establecía comunicación o retroalimentación alguna entre sus consideraciones teóricas y los intereses concretos de obreros o intelectuales. A juicio de Aricó (1999:21) “debía existir una relación dialéctica (...) debía existir un pluralismo ideológico en el interior de las organizaciones marxistas; sólo de ese modo el marxismo podía medirse permanentemente con la realidad”.

Finalmente en abril de 1963 se editó el primer número de *Pasado y Presente*, que tuvo dos etapas bien definidas. La primera hasta septiembre de 1965 con sede en Córdoba, y la segunda de junio a diciembre de 1973 con sede en Buenos Aires. Desde el comienzo se auto-definió como una revista de *Ideología y Cultura*, tal como lo consignaba la leyenda debajo del título: *Pasado y Presente: revista de ideología y cultura*; razón por la cual su estrategia de intervención dio un papel fundamental al desarrollo de las expresiones culturales y la circulación de ideas. Podemos decir que fue una publicación eminentemente marxista y gramsciana, aunque no únicamente gramsciana. Según recuerda el propio Aricó (1999: 18): “no fue por azar que (...) el título de la revista reprodujera el nombre con que Gramsci reagrupó algunas de las notas de los *Cuadernos de la Cárcel*”.

Desde el primer número Aricó fue directamente al grano y consideró que la revista aparecía en una circunstancia histórica donde los referentes políticos e intelectuales tradicionales habían perdido vigencia y atractivo para las nuevas generaciones. Esto incluía por supuesto a los dirigentes del PCA, que no asimilaban con simpatía ni la frontalidad ni la franqueza de la editorial y expulsaron de inmediato a todos los miembros del comité editorial. Según Héctor Schmucler (2010: 3) dejar de pertenecer al partido los liberó de las fronteras que les imponía la organización y aumentó sus márgenes de libertad: “nos permitió pensar con una inédita amplitud los fenómenos culturales y políticos, nos permitió una libertad crítica que normalmente la organización política no toleraba.”

Desde el punto de vista de la revista, las expectativas de la juventud estaban signadas por un deseo urgente de ruptura y transformación, por un deseo de acción, no de contemplación. Evidentemente el grupo se sentía parte de ese nuevo colectivo, de esa nueva generación que reclamaba más autenticidad y mayor protagonismo; y así lo expresaron desde la primera editorial de la revista:

No siempre en la historia se perfila una nueva generación. Pero hay momentos caracterizados por una pronunciada tendencia a la ruptura revolucionaria (...) *Pasado y Presente* parte de la aceptación del marxismo como la filosofía del mundo actual y (...) está comprometida con todas las fuerzas que hoy se proponen la transformación revolucionaria de nuestra realidad (*Pasado y Presente*; 1963: 8)

En la trayectoria de *Pasado y Presente* podemos identificar una tendencia generacional caracterizada por el deslizamiento desde la teoría del compromiso hacia la idea de una intelectualidad orgánica que reclamó un relevo generacional. Sin duda *Pasado y Presente* fue una publicación icónica del período, quizás la que alcanzó mayor sofisticación teórica. En ella proliferaron libremente reflexiones no sólo alrededor de las nuevas formas que asumía el sujeto revolucionario contemporáneo, sino también los modos de alienación moderna, las nuevas prácticas de consumo y la mutación en las prácticas socioculturales que estaban teniendo lugar en las sociedades más desarrolladas.

Esta crisis o transformación de valores y significaciones promovió la idea de que para alcanzar una revolución social era necesario, además, conseguir una revolución cultural y subjetiva. Según Schmucler:

Pensábamos que si no hay un cambio de actitud humana, la revolución -si es simplemente económica- no traía resultados. Nuestro análisis de lo que había ocurrido en la Unión Soviética, la defenestración del estalinismo también fue para nosotros una revelación, porque creíamos en aquello. Nuestra reflexión central, aunque no fuera demasiado desarrollada estaba en esto: una revolución, si cambia todo, tiene que cambiar la manera de ser, de pensar, debe cambiar el comportamiento de los seres humanos (2010: 4).

Es decir, la revista no se limitaba a las discusiones políticas o teóricas propias del riñón marxista, sino que abordó temas científicos, históricos, filosóficos, antropológicos e incluso psicológicos. La revista combinó una multiplicidad de voces, una multiplicidad de miradas no siempre homogéneas. En opinión de Portantiero:

Pasado y Presente en su primera época era muy innovadora. (...) No era una revista que se encerraba en la discusión marxista, era más bien a la italiana. (...) de Gramsci tomaría la evocación nacional-popular e historicista, pero sobre todo la cosa contra el economicismo. De Mao, tomaríamos todo el clima de la revolución cultural que a nosotros nos parecía que estaba macanudo. Y de Guevara, ¿no? Consagrar la Revolución Cubana. Ese era nuestro clima ideológico en ese momento (Portantiero; 2012: 83 y 67).

La segunda etapa de la revista fue mucho más breve: de junio a diciembre de 1973 con sede en Buenos Aires. Y si bien la matriz ideológica de la revista se mantuvo a lo largo de su existencia, con el correr de las entregas podemos observar un desplazamiento hacia interpretaciones influenciadas por el estructuralismo de Althusser en *La filosofía como arma de la revolución*, un trabajo que impugnó algunos de los aspectos humanistas del joven Marx, y se inclinó más hacia el valor de las estructuras. Juan José Sebrelli (1985) ha opinado que a principio de la década de 1970, *Pasado y Presente* se convirtió en un órgano oficioso de Montoneros. Lo mismo que Raúl Burgos (2004: 21), quien señala que con Héctor Cámpora en el gobierno pasaron a “ocupar un lugar visible en una relación complicada, pero próxima, al lado de la organización armada

Montoneros”. Según ambos autores el grupo buscó establecer allí un vínculo entre izquierda marxista y peronismo.

6. Los Cuadernos de Pasado y Presente

Posiblemente los *Cuadernos de Pasado y Presente* sean la revisión crítica de la literatura marxista más ambiciosa que se halla editado en castellano. Los *Cuadernos de Pasado y Presente* se extendieron entre 1968 y 1983. Este titánico emprendimiento editorial de noventa y ocho títulos puede dividirse someramente en tres grandes períodos que, a su vez, consignan tres distintas sedes territoriales: de 1968 a 1970 en Córdoba (del número 1 al 16) donde se aborda ampliamente el escenario internacional, y “la colección tuvo cierto anclaje en una realidad política en vertiginoso cambio, donde logró canalizar (...) el modo en que se transfiguraban en debates teóricos problemas de la vida real” (Aricó; 1999: 23).

Un segundo período que va de 1970 a 1975 con sede en Buenos Aires (del número 17 al 65). Esta segunda etapa estuvo “signada por la búsqueda de ese anclaje político, conseguido en 1973 con el movimiento Montoneros” (Crespo, 2009: 191). Y por último, el período desarrollado en el exilio mexicano de 1976 a 1983 (del número 66 al 98) donde se abordaron problemas más generales que permitían avanzar sobre temáticas netamente filosóficas sin arraigo territorial específico.⁸

La creación y funcionamiento del sello fue coordinado principalmente por Aricó, y en una primera etapa secundado por Oscar Del Barco, Juan José Varas y Santiago Funes; pero del cual también participaron activamente Jorge Tula y su incansable compañero de ruta política e intelectual: Juan Carlos Portantiero, quien recuerda que en esa época:

Pancho se viene a vivir a Buenos Aires. Se viene la época de Onganía. (...) Él había tomado la decisión de abandonar la política, y se dedica al trabajo editorial; primero funda la editorial *Signos*, después *Siglo XXI*. Allí realiza una

⁸ Asimismo, Crespo (2009: 182) agrega que en las ediciones de *Cuadernos* colaboraron gran cantidad de personas, amigos y colegas a quienes se les encargaban distintas tareas específicas (traducciones, comentarios, prólogos, etc.) vinculadas al número correspondiente. Entre estos colaboradores se cuenta a Carlos Echague, a Giuliano Procacci, Eduard Carr, Carlos Assadourian, Juan C. Torre, Ciro Cardoso, Juan C. Garavaglia, Carlos Altamirano, Enrica Collotti Pischel, Rossana Rossanda, Marco Macció, Charles Bettelheim, entre otros.

tarea extraordinaria. Y también en los *Cuadernos de Pasado y Presente* (2012: 17).

Según podemos inferir de los prólogos, las advertencias de edición y los relatos de Aricó (1999), *Cuadernos de Pasado y Presente* habría tenido dos objetivos, uno de carácter general y otro más bien específico. El objetivo general fue hacer una intervención política sobre la tradición socialista desde una dimensión cultural. Y el específico, reflejar las distintas perspectivas teóricas que cohabitaron a lo largo del Siglo XX en la cultura de izquierdas, dar a conocer la complejidad de los debates y las polémicas en el interior de sus instituciones internacionales, pero escapando de la simplificación que la política del PC había impuesto a su historiografía. Los *Cuadernos* venían a demostrar que no existía un único marxismo sino muchos, tantos marxismos como intérpretes existieran.

Tanto Burgos (2004: 154) como Crespo (2009: 195) coinciden en que Los *Cuadernos* dieron a conocer en castellano los autores más lúcidos de la heterodoxia marxista, al tiempo que permitieron dimensionar e intercambiar -en un juego comparativo- bagajes conceptuales con otras corrientes de pensamiento típicas de la época, como era el caso del psicoanálisis, el existencialismo, la fenomenología o el estructural funcionalismo. Para Aricó los *Cuadernos* fueron una especie de:

(...) panóptico en el que la historia del movimiento socialista dejaba de ser la del enfrentamiento entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, entre una internacional buena y otra mala; aparecían historias discontinuas y fragmentarias, momentos de iluminación y otros de ceguera, problemas que el debate no clausuraba. (...) *Cuadernos* no intervenía más allá del propósito confesado de hacer conocer lo olvidado, de dar voz a los silenciados. El catálogo de los distintos volúmenes restituía una historia donde no existía una filiación única sino una multiplicidad de filiaciones, de tradiciones (Aricó, 1999: 23).

Podríamos decir que los *Cuadernos* fueron algo así como la biografía no oficial o no autorizada del pensamiento marxista y sus intérpretes menos ortodoxos. La edición de los *Cuadernos*, casi sin proponérselo y como efecto subsidiario de sus fines explícitos, compiló además la re-lectura alternativa de obras fundamentales de Marx como *El Capital* o *Introducción a la crítica general de la economía política/1857*, *Los Grundrisse*, avanzando de un modo informal y no sistemático en su propia teoría crítica

de la historia, y sin privilegiar al Marx teórico sobre el Marx político. Aricó consideraba que el pensamiento y el método de análisis marxista aún estaba en proceso de elaboración, y que su artefacto teórico no era definitivo sino más bien sugerente y con diversas entradas. Quizás por ello consideró que la pluralidad de su filosofía era un arma indispensable para la lucha de clases y la transformación de la sociedad.

Por su parte, Burgos (2004) destaca la amplia circulación de los *Cuadernos*. Por ejemplo el número uno fue reeditado veinte cuatro veces, llegando en 1974 a los 10.000 ejemplares. Según las estimaciones de Burgos, en la sumatoria los *Cuadernos* alcanzaron entre 1968 y 1976 la increíble cifra de 900.000 ejemplares. Según Sarlo:

Todos habíamos leído *Pasado y Presente* y los *Cuadernos de Pasado y Presente*; todos sabíamos que Aricó había impulsado la traducción de los *Grundrisse* de Marx y que estaba trabajando con Pedro Scaron, de modo obsesivo y pasional, en la nueva traducción de *El Capital*. Aprendimos marxismo en los libros traducidos o editados por Aricó (Sarlo, 2008: 1).

Sin duda era Aricó un hombre con dotes intelectuales sobresalientes, el indicado para coordinar una tarea de tan alta complejidad teórica. Sin excepción, sus pares destacan las capacidades de Aricó. Por caso Portantiero recuerda que:

“Pancho era el tipo que ordenaba los tantos; el que se ocupaba, el que hacía todo era él (...) Pancho se movía como un erudito enorme –yo creo que no vi otro igual en América Latina- en el interior del pensamiento marxista. Yo incluso lo cargaba. Él sacaba por ejemplo un libro que decía que en el capítulo cuarto inédito de Marx no sé qué... y yo le decía: “¡Eso lo escribiste vos!”. Eso se veía en la biblioteca; la biblioteca de Pancho era una cosa impresionante (...) Era un bibliómano (2012: 79-80).

También Beatriz Sarlo señala que:

La erudición bibliográfica de Pancho era simplemente asombrosa y sería un acto de justicia que sus obras completas fueran preparadas como él hubiera preparado las de otro intelectual. Perseguía datos, referencias, nexos, concatenaciones y conflictos. Quizá el mejor homenaje sería tomarlo a él como editor modelo para organizar sus obras (2008: 2).

7. Breve comentario final

El caso de *Pasado y Presente* es curioso pues, por primera vez y a contrapelo de lo habitual, la proyección del pensamiento de marxista se dio por fuera del partido, en una ciudad mediterránea como Córdoba sin fuerte tradición revolucionaria o marxista sino más bien reformista y católica. Otra curiosidad del caso es que hasta entonces sólo las editoriales vinculadas o financiadas por el PC como Anteo, Argumentos, Arandú, Capricornio, Cartago, Dirple, Fundamentos, Futuro, Lautaro, Nueva Visión, Platina, Problemas, Procyón, Proteo, Quetzal, Raigal, entre otras, eran las únicas que traducían y daban a conocer los textos del pensamiento científico y filosófico marxista. No había habido hasta entonces experiencias –digamos- independientes en el tema.

En cierto modo, al igual que ocurría en las experiencias sindicales clasistas y combativas como Luz y Fuerza, SITRAC-SITRAM, u otras fábricas de autopartes cordobesas, el grupo *Pasado y Presente* fue una experiencia instituyente. Para Aricó (1999) esa experiencia editorial instituyó un discurso inédito, especialmente porque era un discurso descentralizado, periférico, marginal, alejado de los principales centros de producción y, sobre todo, de legitimación de las problemáticas teóricas y del pensamiento.

Por otra parte, los títulos del catálogo de los *Cuadernos de Pasado y Presente* no introducían discusiones teóricas inconexas, inocentes o ingenuas, sino que reflejaban un posicionamiento político respecto de problemáticas de actualidad tales como la división del trabajo, el acceso de la sociedad civil a sus diversas formas de expresión política, las diferentes formas de organización, las experiencias clásicas de dirección del movimiento obrero, las formas de auto-organización, el lugar de la ciencia en el cambio, el rol de los intelectuales en el proceso revolucionario, entre muchos otros. Visto en perspectiva *Cuadernos* es una elaborada, cuidadosa y múltiple unidad de observación dedicada a dar a conocer las claves fundamentales de la filosofía marxista; filosofía concebida aquí, eminentemente, como una teoría de crítica y conocimiento de los mecanismos y las relaciones de la sociedad industrial moderna. De allí que el catálogo de *Cuadernos* no sólo recorrió el pensamiento de autores silenciados sino también reflexionó sobre sus diversas realidades materiales, políticas y culturales, y cómo éstas hicieron su aporte al desarrollo del movimiento socialista mundial.

8. Bibliografía citada

- Agosti, Héctor P. (1951). *Echeverría*. Buenos Aires. Editorial Futuro.
- Aricó, José (1963). “Editorial”. *Pasado y Presente*. N° 1. Córdoba.
- Aricó, José (1991). Entrevista de Horacio Crespo y Antonio Marimón. *La Ciudad Futura*. N°31. Dic.
- Aricó, José (1999). *Entrevistas 1974-1991*. Córdoba. Centro de Estudios Avanzados.
- Aricó, José (2005). *La cola del diablo*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Crespo, Horacio (1999). “Presentación”. En Aricó, José: *Entrevistas 1974-1991*. Córdoba. Centro de Estudios Avanzados.
- García Machado, Xiomara (2009). “Gramsci y la filosofía de la praxis. Apuntes para una reconstrucción histórica de la inserción del pensamiento gramsciano en la historia del marxismo”. *Gramsci en la sociedad intercultural*. Barcelona. Universidad Pompeu Fabra. <http://www.upf.edu/materials/fhuma/gramsci/docs/xgm.pdf> consultado el 04/03/2013.
- De Ípola, Emilio (2005). “Nota Preliminar”. *La cola del diablo*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Gramsci, Antonio (1974). *La formación de los intelectuales*. Barcelona. Grijalbo.
- Hobsbawm, Eric (2011). “Gramsci”. *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*. Barcelona. Crítica.
- Héctor Jouvé (2005). Entrevista de Pablo Ponza. Córdoba. 23 de junio de 2005.
- Matari, Pierre (2013). “Eric Hobsbawm, el marxismo y la transformación de la historiografía”. *Nueva Sociedad*. N° 243. Enero-febrero.
- Ponza, Pablo (2010). *Intelectuales y violencia política: 1955-1973*. Córdoba. Babel.

Portantiero, Juan Carlos (2012). *Juan Carlos Portantiero: un itinerario político-intelectual*. Entrevista de Edgardo Mocca. Buenos Aires. Biblioteca Nacional.

Sarlo, Beatriz (2008). “Pancho Aricó por Beatriz Sarlo”. Entrevista de Jesús Chirino. *El Diario*. Villa María, Córdoba. 08-06-08.

Schmucler, Héctor (2010). Entrevista de Pablo Ponza. Córdoba, 23 de noviembre 2010.